

Consenso, Tolerancia y Consecuencia

*C*onsenso requiere acuerdo. Quienes lo alcanzan, muestran estar en posesión de una mente abierta y una actitud razonable. Por su parte, los que teniendo diferencias no logran encontrar un terreno común pueden ser acusados de dogmáticos o intransigentes.

Llegar a acuerdo implica negociación y transacción. Significa que las partes en disenso ceden algo en sus respectivas posiciones o aspiraciones en aras de la armonía y, como resultado de esta cesión, ambas partes obtienen beneficios directos al igual que, indirectamente, la sociedad en que ellos actúan.

Desde este punto de vista la capacidad de lograr consenso entre grupos y personas es altamente deseable y constituye una conducta socialmente positiva.

El problema se complica cuando entramos al área de los valores éticos, de las creencias religiosas y de los principios morales. En efecto, al ceder o transigir respecto a valores absolutos ambas partes sienten que sólo una de ellas ha ganado, que el que estaba en lo cierto ha perdido, adentrándose en el error y quien estaba errado ahora se encontraría algo menos equivocado pero siempre apartado de la verdad.

Por otra parte, la Verdad existe y quienes así lo creen jamás aceptarán como válido o satisfactorio algo menos que eso.

¿Cómo entonces hacer viable la convivencia armónica, dentro de una misma sociedad, entre personas o grupos de personas que sustentan valores diferentes respecto a los cuales no están dispuestas a transigir?

Una propuesta es la de su relativización. La nivelación por abajo. La misma aproximación intelectual que intentó nivelar económica y socialmente a nuestra sociedad mediante su reducción a una versión social del mínimo común denominador, ahora mediante la relativización de los valores como una forma de llegar a un promedio aceptable para moros y cristianos. Este es el significado final de los rayados murales que proponen la pregunta "¿Qué tanta es la diferencia?", insinuando sutilmente que a fin de cuentas todo da más o menos lo mismo.

Otra opción es la de la tolerancia, es decir, del reconocimiento claro y explícito de que dentro de nuestra sociedad existen diferencias ante las cuales cada uno de nosotros, en lo más profundo de su conciencia, ha decidido reconocer y respetar a quienes sustentan otras ideas diferentes a las que cada cual considera válidas.

Sin embargo, es preciso reconocer y destacar que la tolerancia es mucho más que esto. En efecto, implica que ninguna autoridad ni instancia intentará imponer directa o indirectamente, legalmente o de hecho sus preferencias éticas o morales; que siempre se contará con la posibilidad real

de vivir y comportarse según los propios valores y que todas las partes respetarán los símbolos, ritos y sentimientos religiosos de los otros. Mucho más importante aún, implica también que habiendo aceptado que existe diversidad y que ella será respetada, todos siguen teniendo el derecho de intentar convencer a los demás de la validez de sus respectivas posturas y trabajar por atraerlos a sus posiciones.

Nos encontramos así ante un nuevo desafío. En forma similar a la generación anterior que sostuvo una larga lucha contra las ideologías extranjerizantes de los años '60 y todas sus funestas consecuencias, ahora podríamos estar enfrentando una amenaza más sutil pero igualmente letal: ya no se trataría de la derogación del derecho de propiedad y de la privación de la libertad política, sino de la relativización de la moral, para cuya materialización se podría avanzar incluso hasta el intento de imposición de ciertas conductas éticas.

La clave de esta nueva batalla pareciera encontrarse en los conceptos que encabezan este editorial: Consenso en todo lo que sea aceptable, pero nunca en lo intransable. Tolerancia ante la diversidad, pero exigiendo y haciendo respetar el derecho y la posibilidad real de vivir de acuerdo a nuestros valores y Consecuencia entre nuestros dichos y nuestros actos como única vía eficaz, legítima y duradera de convicción y atracción de aquellos a quienes consideramos equivocados, hacia nuestras posiciones.

Ahora y en el futuro la necesidad de consistencia entre lo que se cree y la forma en que se vive y actúa es fundamental, ya que sólo el ejemplo tiene la fuerza que se requiere para mover conciencias. En efecto, los valores no se dicen sino que se muestran, no se miden, son incuantificables e intemporales, se viven realmente o falsamente, se tienen o no se tienen.

El gran desafío que los tiempos actuales nos plantean es entonces conjugar Consenso y Tolerancia con la lucha incansable por el triunfo final de nuestros valores mediante el Ejemplo y la Consecuencia.

Director de la Revista de Marina.

